

preparación científica, pues entre los grandes hombres son datos imposibles de sopesar, sino al logro de una tan absoluta planificación de las más diversas capacidades humanas, a la obtención de una existencia heideggerianamente saturada y de una absoluta independencia intelectual y social, sin estar ligado jamás a grupos o capillas.

Hombre que en el desempeño de su profesión ocupó no menos del setenta por ciento del horario, ha sido, sin embargo, el médico que más extensa y profundamente ha llenado el restante treinta por ciento con una labor histórica y cultural en la que no hay un solo punto del vivir humano que no haya sido tocado, estudiado, repensado y escrito o hablado por él. Solamente encontró reposo, y a disgusto, en los días de enfermedad que precedieron a su muerte.

Esa polidimensional proyección de su vida le hizo, cómo no, actuar en política. Pero siempre de un modo indirecto, independiente de todos los partidismos y quedándose siempre en segundo plano, a ese nivel en que la persona observa y ayuda, pero no se sumerge en el océano, pocas veces tranquilo, de la política. Dice razonablemente uno de sus biógrafos, Gómez Santos, al hablar del accidentado y revolucionario año 1917, que mientras Marañón está al día en medicina, vigila la temperatura política del país. Está bien visto; por vigilarla bien para bien servir a España, Marañón, el más patriota de los españoles habidos y por haber o tanto como el que más, creó la *Agrupación al Servicio de la República* con Ortega y Gasset y Pérez de Ayala y ofreció la sala de su casa para una reunión en que se ventiló nada menos que un cambio de régimen en España, sin perder por ello la estimación del destronado. Por encima de la monarquía, de la república y del franquismo, fue el liberal español a carta nunca mejor llamada cabal. Su gran amigo Teófilo Hernando —a quien quería tanto que tenía que hablarle a diario personalmente o por teléfono, según me ha contado recientemente Belén Marañón— reprodujo, después de la muerte de Marañón, estas frases suyas: *Cuando hay que elegir entre uno u otro lado de la barricada, el liberal, el pobre liberal, no sabe qué hacer. No porque ignore, como el hombre que duda, dónde está la razón, sino porque no alcanza a quitar la razón del todo a nadie, ni a dársela a nadie por entero. Por eso suele ir de aquí para allá, con una aparente ligereza que es sólo generosidad profunda. Por eso en los dos lados le miran con desconfianza. Y muchas veces desde ambos le lapidan.*

La medicina española antes y después de Marañón

Hasta que Cajal hizo sus definitivos descubrimientos, la ciencia clínica española no existía como tal. Había una medicina asistencial, había anatómicos como Oloriz, fisiólogos como Sánchez Ocaña, grandes médicos generales como los maestros de Marañón que él tanto enalteció: Alonso Sañudo, Sanmartín, su venerado Madinaveitia, con quien tuvo un leve choque en París, que Marañón aceptó como lección humana. Pero hombres de medicina clínica moderna, no. Cajal creó un nuevo mundo con sus trabajos, sus consejos y su ejemplaridad; creó la ciencia médica española, quizá la ciencia toda de nuestro país, y la lanzó al mundo; pero eso que Lewis llamó la ciencia clínica, se inicia a fondo en Marañón.

En aquel tiempo la medicina clínica como arte de curar sólo ofrecía alguno que otro buen maestro sin ensoñaciones que cumplir; y para de contar. Con varias excepciones que trascendieron: Don Juan Madinaveitia con sus incomparables dotes de magisterio, don José Goyanes con su cirugía vascular que tanto dio que hablar en el mundo entero y el Instituto de don Federico Rubio como gran germen extrauniversitario. Cuando yo estuve por primera vez en los Estados Unidos, 1935, los profesores norteamericanos de categoría con quienes contacté sólo conocían a Cajal, a Río Hortega, a Marañón y a Goyanes. Soma Weiss me habló de los estudios de Jiménez Díaz sobre los factores metabólicos de la insuficiencia cardíaca, porque éste le había enviado las separatas.

Marañón, como puntualizaré en una relación próxima, fue el primero que en la Medicina española abrió las puertas a las ciencias complementarias y quien creó el primer centro español dedicado a Patología Médica fuera de la Universidad, pero dentro de un hospital oficial; sólo con su impulso para hacer las cosas a la altura de los tiempos y con su peculio. No quiso meter a nadie en la zarabanda millonaria de los fondos perdidos, por cuya renuncia desapareció a su muerte el Instituto de Patología Médica que debería perdurar a su nombre. Solamente con su prestigio, que hacía el papel de imán, atrajo junto a sí a un grupo de médicos extraordinarios que funcionando en equipo, como hoy se dice, dieron nueva faz a la medicina. No cito nombres por temor a omitir alguno. Fue el primer maestro internista que creó su propio laboratorio de investigaciones analíticas; el primero que fundó un servicio de cardiología separado de la neumología y la tisiología en una institución de patología médica que no existía en ninguna cátedra de Madrid; en Barcelona funcionaba uno a cargo de don Juan Codina Altés; en Madrid, el del Instituto Rubio que dirigía don Antonio Mut; el de don Luis Calandre en la Cruz Roja. El primero en crear servicios de nutrición, de riñón, de aparato digestivo, de neurología y psiquiatría, de dermatología, de oftalmología, de otorrinolaringología, de medicina psicosomática en los últimos años, y acaso alguno más, todos a cargo de personas especializadas en las materias. Por último, un departamento que era clave de todos, el de anatomía patológica de su propio servicio, que estaba ligado al de autopsias del servicio central del Hospital. Obsérvese que esto ocurrió por los años 15 a 30 de este siglo.

Fue, pues, Marañón, el primer renovador de la medicina clínica española. Cuando las grandes personalidades médicas de las universidades españolas o extranjeras acudían a Madrid por razones privadas o para formar parte de tribunales de oposición o con motivo de congresos, todos pasaban mañanas enteras en el Instituto de Marañón. He visto allí a Cañizo, Bañuelos, Ferrer Solervicens, Pedro y Pons, Andreu, Rodríguez Fornos, Casas, Rodrigo Sabalette, Cuatrecasas, y a numerosos maestros de todo el orbe, como Pende, Pasteur Valery Radot, von Bergmann, Falta, Raab, etc., y a decenas de maestros hispanoamericanos. Por eso me atrevo a dividir en dos etapas la evolución de la patología médica contemporánea de nuestro país: antes y después de Marañón. La medicina española, se renovó, pues, desde fuera de la universidad por este maestro cuando todavía no era catedrático de la misma.

La creación de su Instituto precedió en casi veinticinco años a la del de Jiménez Díaz, hoy formidable Fundación de su nombre. Sin duda influyó en la decisión de Marañón el ejemplo de Cajal, pero sólo en parte, pues pienso que en esta renovación intervino

más el propio modo de pensar de Marañón y lo por él visto en otros países de Europa. El mismo ha aceptado su filiación con Cajal; pero las ramas de la actividad médica eran tan dispares que parece más lógico admitir que ambas personas eran comparables por su inteligencia y su actuación.

De una carta en la que contestaba a una mía en que le hacía alguna consideración sobre la diferente trayectoria científica entre Cajal y Ochoa en tanto que premios Nobel, Marañón me decía:

Muy querido Vega: muy bien, como todo lo suyo, su carta. Pero no estoy de acuerdo con lo que dice sobre Cajal y Ochoa, discretamente dirigido a mí. Ochoa es hijo de Cajal como el Dante es hijo de Virgilio. La ciencia, como el arte, tienen una continuidad estricta para ser grandes, aunque esta continuidad no sea explícita. Lo más hermoso de Ochoa es ser el heredero de Cajal, aunque ni su ciencia ni su personalidad tengan nada que ver con don Santiago. Y la alegría que nos ha producido el triunfo de Ochoa no se basa en nada circunstancial, por apasionante que pueda ser, sino en ese sentido de continuidad del genio español que es también universalidad. Sabe cuánto le quiere su amigo, G. Marañón.—30-IX-59.

Yo me atrevo a reafirmar, con arreglo a esa idea, que Marañón fue hijo de Cajal, como Jiménez Díaz y Pedro Pons fueron hijos de Marañón.

Intuiciones y descubrimientos médicos de Marañón

Considero importantísimo revisar los muchos puntos de la medicina que Marañón advirtió antes que nadie en el mundo, con cuatro advertencias previas. En primer lugar, que las novedades por él introducidas en los criterios médicos se inician ya con los primeros años de su actuación hospitalaria. Segunda, que de 1936 a 1943 hubo un lapso de tiempo en que no pudo trabajar en su hospital aunque lo hizo como invitado en los hospitales franceses e hispanoamericanos, en los que asombraron sus intervenciones, de lo que hay testimonios. Tercera, que muchos de estos hechos no pasaron al conocimiento o a la bibliografía internacional porque fueron publicados en revistas españolas que no tenían intercambios con las extranjeras o casi carecían de suscriptores fuera de España; por eso se apresuraba a publicarlos pronto en revistas europeas o norteamericanas. Cuarta, que el cotejo de esta realidad está hecho por mí mismo. Algunos de los hechos que voy a describir se anticiparon en más de diez años a las descripciones de otros autores a quienes después se atribuyó concretamente el descubrimiento. Puede que sorprenda esta indiscutible prioridad a muchos jóvenes.

Voy a citar cuarenta y tantos, consciente de que son muchos más; solamente dos, los primeros, corresponden a creaciones administrativas; pero que entonces significaron mucho.

1. El aislamiento, por primera vez en España, de los enfermos infecciosos dentro de las entidades hospitalarias con rigurosas normas proteccionistas y profilácticas (1909); con tales normas organizó el Hospital Nacional de Infecciosos, más tarde, su discípulo don Manuel Tapia.

2. La creación en España de una primera institución hospitalaria distinta de todo lo que hasta entonces había existido aquí (1909); el Instituto de que acabo de hablar, que con los años se fue completando.